

des sociales; y si hubiese entre vosotros, lo que creo no sucederá, alguno cuyo corazón prefiriese á su persona ó á su familia á la patria, que se retire de este sitio y deje de inficionarnos con su hálito impuro."

II. Merc. nac. t. II, p. 819.

CAPITULO XIX.

PESOS Y MEDIDAS.

Se obliga á todos los franceses, sin distincion de clases, á hablar en griego y en latin.—Observaciones de Millin sobre los nombres de los pesos y de las medidas, y de Mr. Rohrbacher.—Decreto del directorio.—La revolucion no hizo mas que imitar al renacimiento.—Las figuras retóricas del Padre Caussin.—Anécdota que refiere San Francisco de Sales.

Si se exceptúan el tuteamiento y las palabras de *ciudadano* y *ciudadana*, en lo demas era la Francia libre para hablar ó no el lenguaje griego y romano de sus regeneradores. Pero esta libertad no tarda mucho en desaparecer. Gracias al nuevo sistema de pesos y medidas, el rico y el pobre, el fabricante y el obrero, el habitante del campo como el miembro del instituto, así la cocinera que va al mercado como la gran señora sentada

en su sala, se verán obligados bajo pena de multa á hablar latin y griego en frances.

La unidad de pesos y medidas, cuyas ventajas no disputamos, fué propuesta en nombre del gran principio revolucionario, de la igualdad universal, y presentada como un medio de propaganda. “La filosofía, dicen en su dictámen los comisionados de la academia de las ciencias, se complacerá un dia al ver en el trascurso de los siglos, al genio de las ciencias dando á las naciones la uniformidad de las medidas, *emblema de la igualdad y prenda de la fraternidad que debe unir á los hombres...* Este medio de cimentar la república, es tambien un motivo de estimacion y de union entre los franceses y demas pueblos.”¹

En breve sale á luz el cuadro oficial de pesos y medidas con sus denominaciones. El pueblo frances está obligado á enriquecer su lengua con las palabras: *metro, decímetro, centímetro, milímetro; grama, decagrama, kilograma; cada, decícada, centícada; bar, decíbar, centíbar; grave, decígrave, centígrave; gravete, decígravete, centígravete* y otra multitud de voces.²

Estos nombres singulares, nacidos de la manía aun mas singular de querer á todo trance transformar á Francia en un país griego y romano, dieron lugar á justas y numerosas reclamaciones. “Es tal el vicio del sistema, decía Mellin, que hace con frecuencia ininteligibles las denominaciones: mas todavía, significan algunas veces lo contrario de lo que se quiere que ellas espresen.

“Una de las primeras reglas de la filosofía del lenguaje, es la que proscribte las palabras cuya raíz se ha tomado de idiomas diferentes. Coloca con razon estas híbridas entre las denominaciones bárbaras; los autores de

1 Monitor del 2 de Agosto de 1793.

2 Id., del 4 id.

la nueva nomenclatura se han emancipado de esta regla, que en mi opinion debe conservarse.

“Ajustando la voz METRO á la unidad de las medidas lineales usadas, la han unido para espresar sus fracciones con las palabras *deci, centi, milli* derivadas de las latinas *decies, centum, mille*, y han dicho: DECIMETRO, CENTIMETRO, MILIMETRO.

“Los latinos habian tomado á su vez del griego la voz *metrum*, medida; pero nunca la unieron en la composicion con palabras tomadas de su propio idioma. Para espresar versos de cinco á seis piés dijeron; *pentámetro, hexámetro*, mas no QUINQUIMETRO, SEXIMETRO &c. No hallaremos ciertamente en ninguna de las obras que nos han dejado, la menor huella de semejante combinacion, á pesar de que se mostraban celosas de propagar su lenguaje republicano.

“Los modernos, que han querido introducir la idea de una medida en las combinaciones de los nombres, han empleado tambien la voz *metro*; pero han evitado la union monstruosa del griego con el latin, con el frances ó con su lengua materna, han dicho: *grafómetro, cronómetro, geómetro, estercómetro, termómetro, barómetro* &c. más no ESCRIBOMETRO, TEMPORIMETRO, TERROMETRO, SOLIDOMETRO, CALORIMETRO¹ PONDERIMETRO.

“Habria sido, pues, necesario para nuestras medidas lineales, espresar las fracciones con términos derivados del griego como la palabra *metro*; y en vez de *decímetro, centímetro y milímetro*, deberia haberse dicho: DECATOMETRO, HECATOMETRO, QUILOSOMETRO; ó bien, conservando los nombres derivados del latin *decies, centum, mille*, sustituir á la voz *metro*, una voz tambien latina.

“Pero puede hacerse un cargo aun mas grave á la nueva nomenclatura de los pesos y de las medidas.

1 Lavoisier, aplicando mal esta palabra, la introdujo posteriormente.

“He manifestado que el vicio de la composicion de las palabras, les hacia con frecuencia decir lo contrario de lo que se quiere que espresen, y en esta nomenclatura, encuentro por desgracia la prueba de mi aserto. Cualquiera extranjero que lea por primera vez las palabras *metro*, *decímetro*, *centímetro*, *milímetro*, creará como es consiguiente, que el *decímetro* equivale á diez metros, el *centímetro* á cien metros, el *milímetro* á mil metros; siendo así que el *decímetro* no es mas de la décima parte del metro, el *centímetro* su centésima parte, y el *milímetro* su milésima parte.

“Así pues, en vez de tomar las raices numéricas de los nombres cardinales *decies*, *centum*, *mille*, diez, ciento, mil, seria preciso tomar los nombres cardinales *decimus*, *centésimus*, *millésimus*, décimo, centésimo, milésimo, y decir suponiendo que se hubiese conservado el barbarismo: *decimarea*, *centésimarea*, *millésimarea*; y é pesar de esto el error de los nombres producirá siempre un error de hecho, error grave en los cálculos; ó bien será preciso recurrir á la esplicacion que descubrirá incesantemente el vicio de estos nombres, mostrándose contraria á la significacion que debe resultar de la aproximacion de sus raices.”¹

“Se hace el cargo á algunos escritores de la edad media, añade el sabio autor de la *Historia de la Iglesia*, de una gran licencia en fabricar palabras mas ó menos bárbaras. Y para decir verdad, tan solo los sabios de nuestros dias los han sobrepujado. Los autores de la edad media se contentaban al ménos con forjar espresiones latinas con elementos latinos, al paso que nuestros sabios físicos, químicos, médicos, botánicos, geólogos y otros, forjan todos los dias palabras francesas con retazos de griego, de latin, aleman é inglés, adheridos todos

1 *Década filosof.* t. IV. p. 13.

de tal modo que no pertenecen á ningun lenguaje humano.

“Se ha llegado hasta ver un país como la Francia por ejemplo, en que el rey y las dos asambleas de los notables para dar el nombre á una cosa útil al sistema decimal de pesos y medidas, han proscrito solemnemente todas las voces franceses, para sustituirlas legislativamente otras del todo bárbaras, como *centiara*, *mililitro*, cuya cabeza se ha robado á los latinos, el vientre á los griegos, no teniendo de frances mas de la punta del rabo.

“Y á pesar de esto, los pedantescos legisladores de barbarismos, esos corruptores oficiales de la lengua francesa seguirán gritando contra el latin bárbaro de la escolástica, ellos que fuerzan al pueblo frances con pena de multa á que hablen un frances bárbaro.”¹

Para ser justos, es preciso decir que en esto como en lo demas, la revolucion no hace mas que seguir los ejemplos del renacimiento. Con dificultad se encuentra un erudito en los siglos quince, diez y seis y diez y siete, que no procure adornar sus obras con algunas voces griegas de su invencion. En eso mismo consistia, á los ojos de la opinion, una parte de la gloria literaria. Para dar una muestra de su habilidad, copiamos á continuacion la nomenclatura de las figuras de retórica, tal como se encuentra en el *tratado de elocuencia* del padre Caussin, jesuita, profesor de retórica en Paris, á principios del siglo diez y siete.

Si es cierto, como lo dicen hoy todavía los hijos del renacimiento, que los autores de la edad media han desfigurado la lengua latina, introduciendo en ella palabras *bárbaras*, *ininteligibles*, *horribles en la forma y vacías de sentido*, la lista abreviada que va á leerse, servirá

1 *Hist. de la Iglesia*, t. XVIII p. 430, 2ª edicion. Véase entre otras obras el decreto del Directorio del 19 germ. año VII.

para probarles que sus abuelos han reparado gloriosamente las faltas de los tiempos de barbarie, enriqueciendo el latín y los idiomas modernos con una multitud de palabras *graciosas, inteligibles, agradables por la fisonomía, y ricas de sentido.*

Nombres de las principales figuras de retórica: ¹ El Acyron, la Actiología, la Agnactesis, la Aleusis, la Amfidiosstosis, la Anacclasis, la Anacenosís, la Anadioplosis, la Anacresis, la Analepsis, el Anancacon, el Anasceve, el Anastrofe, el Antipóforo, la Antimetábola, la Antisagoga, el Antistecon, el Antitetón, el Antizeugmenon, la Aparetmesís, el Diorismo, la Apoplanesis, la Apofasis, el Apofonismo, la Aposiopesís, el Asyntacton, el Asynteton, la Braquiepeya, la Catara, el Cleticon, la Cenote, la Diabolis, el Diacope, el Dialage, el Dialelon, la Dialisis, la Dianéa, la Diaporesis, la Diatyposis, el Dilematon, el Enagonion, la Epanadioplosis, la Epanalepsis, la Epenartosis, el Epebole, el Epentymero, la Epexergasia, el Epíbolo, la Epidiortosis, la Epíplexia, el Epitrecon, la Epizeuxis, la Exartesis, el Exutenismo, el Homeoploton, el Homeoteleuton, el Hiperbaton, la Hipexeresis, el Isocolon, el Liton, la Metabasis, la Mesozeugmis, el Mycterismo, el Omoticon, el Oxymoron, la Palindromia, el Paradiastolo, la Parasiopesis, el Parison, el Paramocon, la Patopea, el Pletynticon, el Polyphton, el Polysynteton, la Procatalepsis, la Procatasceve, la Prodiásafesis, la Prosapodosis, la Prosynapantesis, la Prupergasia, el Pysmo, el Estrepotylon, la Sysevasis, la Symplocis, el Syntroismo, la Sinaceoyosis, la Tapinosis y la Zeugmis.²

¹ Nicolai Caussini e societate Jesu. *De elocuentia*. T. en cuarto, edición 4ª; París 1636.—Lib. VII p. 377.

² No han degenerado los hijos. Un diario del año de 1856 refiere que dos químicos distinguidos creen haber descubierto, uno, el trifosfometilameno; y el otro el tetrasfometilamono.

El Padre Caussin consagra ochenta páginas en cuarto para explicar estos geroglíficos encantadores; ó si preferís mejor, para abrir ante la vista de la juventud cada una de estas graciosas crisólidas. Con el fin de acompañar el ejemplo al precepto, demuestra muy doctamente, por citas numerosas, que el gran maestro de la elocuencia, Ciceron, casi nunca abrió la boca sin hacer alguna de estas figuras. Si dice por ejemplo. “Las raíces de las letras son amargas, pero los frutos son dulces;” hace un *Apofonismo*. Si dice: “Sébase de una vez que no he querido oscurecer ni callar nada;” hace una *Apoplanesis*. Haciendo uno su diligencia, se encontraría que al decir á alguno: *Buenos dias; ó ¿como te va? hacia una Tapinosis*. Lo que hay de cierto, es que al decir: “Es preciso estar loco para negar que se debe dar muerte á su asesino;” hace una *Prupergasia*; y cuando dice: “Mirad á Rullo colocado entre el campamento romano y el campamento enemigo;” hace una *Diatiposis*; y cuando dice: “Sí, sí, vendrá el tiempo;” hace una soberbia *Dicabolis*.¹

Tras de los ejemplos siguen bosquejos de ampliaciones, en los cuales los jóvenes tendrán que poner en juego todos los resortes del arte cuyo mecanismo acaba de manifestar el sabio profesor. Estos resortes de la elocuencia deben estar calculados y emplearse en un discurso, á la manera de los cañones y de los arcabuces en una batalla. Deben lanzar cierto número de tiros en un momento dado, haciendo unas veces fuego de fila, otras fuego cruzado ó fuego en peloton. Para que un discurso sea bueno y verdaderamente ciceroniano, necesita el exordio, tanto de *Oxymoron*, tanto de *Prodiásafesis*, y tanto de *Estretotilon*; la proposición debe de estar esmaltada de *Mycterismos*, de *Antimetabolas* y de *Braquiepeyas*; el cuerpo del discurso no puede dispen-

¹ Id. id.

sarse de *Procatalepsis*, de *Anadiaplois*, de *Poysyntenotes* y de *Epanadifosis*; la peroracion reclama imperiosamente la *Epidortosis*, el *Antizeugmenon*, la *Catara*, el *Homeotelenon* y la *Prodiatasafesis*.

Cuando salian del colegio, los jóvenes retóricos hacian cuanto podian por adornar sus discursos con esta hermosa variedad de figuras, ó al ménos por esmaltarlos con palabras griegas que habian oido afrancesar á sus maestros. Allí se encontraba el barniz del discurso y el mas bello florón del orador. Mas sucedió que uno de estos discípulos de la buena escuela, vino á predicar durante el adviento á un monasterio de la visitacion. Las palabras griegas manaban de sus labios, casi con la misma abundancia que las palabras francesas. No citaba á los autores griegos sino en su idioma original; ademas cambiaba en terminaciones francesas una multitud de palabras griegas: por ejemplo, se servia por lo comun de las siguientes: *filastía*, *antiperistasia*, *astoria*, *elenchio analisis*, *simmistio*, *teodidacto*, *antonomasia atanasia*, y otras parecidas.

Asombradas las mugeres de su auditorio al oír un lenguaje que les era desconocido, miraban al predicador como á nuevo profeta que Dios les hubiese enviado; de la admiracion pasa uno al deseo de la imitacion. Con arreglo á las disposiciones de la época, cree una de ellas que seria cosa de mucho gusto servirse de estas hermosas voces en la conversacion. Pero por desgracia olvida la significacion de algunas y la justa aplicacion que debe hacerse de las demas. Así es que en vez de decir: "Quisiera encontrarme en la eterna bienaventuranza," dice: "Desearia hallarme en la *atanasia*." Le hablan de una jóven que se muestra muy atrevida, y contesta: "Eso no me admira porque tiene mucho *analisis*."

Se enferma un dia de fiebre la superiora durante los fuertes calores del mes de Julio. Las enfermeras procu-

ran mantener en el cuarto toda la frescura que pueden. Llega el médico y dice que el frescor puede aumentar la fiebre á causa de la *antiperistasis*. Lo oye la hermana griega, su memoria le dice que *antiperistasis* significa *amor propio*. Llenándose en el acto de un hermoso celo contra el doctor, dice á las enfermeras: "Ved aquí un médico que entiende las cosas espirituales! Cómo! por habérsele procurado á nuestra madre un poco de fresco en una fiebre ardiente, se atreve á decir que tiene la *antiperistasis*! Nada tienen que ver con eso los médicos; esto corresponde á los confesores."¹

La anécdota es de San Francisco de Sales. En medio de su candor indica perfectamente cómo llegó á invadir los idiomas modernos el neologismo clásico de la revolucion, gracias al renacimiento.

1 Del *Espíritu* etc. t. II p. 8, seccion XI p. 109. Edic. en 8º